



LUNDS
UNIVERSITET

Språk- och litteraturcentrum

Tutor: Christian Claesson

Examinadora: Ingela Johansson

Traducción amorosa en
El viajero del siglo
de Andrés Neuman

Kandidatuppsats

VT 2014

Autora: Julia Gabriel

Resumen

El viajero del siglo (2009) de Andrés Neuman es una apasionada historia de amor que retrata el siglo XIX europeo y constituye además una reinterpretación de la época, por parte del autor, en la que se combina la novela clásica con técnicas modernas literarias. En este trabajo se investiga la presencia de la traducción en el argumento, leyéndola como una metáfora del amor, y se investiga su significado para la obra en su totalidad. Para ello, se enfoca en la relación amorosa entre los protagonistas, analizando sus encuentros y las cartas que se escriben, para detectar rasgos de traducción y para investigar la factibilidad de la metáfora mencionada. Para poder definir y comprender la traducción como concepto se usa la teoría de Walter Benjamin y es mediante la interpretación de sus ideas que se analizan las representaciones de la traducción en el texto. El análisis demuestra que la traducción es un tema central en la novela y que, tal como es representada, sirve como una metáfora del amor. Se concluye que la novela se puede considerar una traducción amorosa del pasado, una en la que las semejanzas superan las diferencias, disminuyendo la distancia entre el pasado y el presente.

Palabras clave: El viajero del siglo, Andrés Neuman, traducción, amor, deseo, Walter Benjamin.

Abstract

Traveller of the Century (2009) by Andrés Neuman is a passionate love story that reflects 19th Century Europe and furthermore it constitutes a reinterpretation of the period by the author, in which he combines the classical novel with modern literary techniques. This essay analyzes the presence of translation in the story, interpreting it as a metaphor for love, and investigates its significance for the novel as a whole. Therefore the focus lays on the relationship between the protagonists. Their encounters as well as the letters they write to each other are studied, in order to detect traces of translation and investigate the credibility of the metaphor mentioned above. For a definition and understanding of translation as a concept, the theories of Walter Benjamin are used, and it is interpreting his ideas that the representations of translation in the text are analyzed. The analysis proves that translation is a major theme in the novel and that it works as a metaphor for love. The conclusion of this essay is that Neuman's novel can be considered a loving translation of the past, in which the similarities overcome the differences, shortening the distance between the past and the present.

Keywords: Traveller of the Century, Andrés Neuman, translation, love, desire, Walter Benjamin.

Índice

1. INTRODUCCIÓN	4
1.1 OBSERVACIÓN PRINCIPAL Y OBJETO DE ESTUDIO	4
1.2 PROPÓSITO Y MÉTODO	4
1.3. PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN	5
2. TRASFONDO	6
2.1 EL AUTOR	6
2.2 LA NOVELA	7
2.3 LA CRÍTICA	8
3. MARCO TEÓRICO	11
3.1 LA TRADUCCIÓN SEGÚN BENJAMIN	11
3.2 LA TRADUCCIÓN Y EL AMOR	14
4. ANÁLISIS	15
4.1 LOS ENCUENTROS	15
4.1.1 Primer encuentro	15
4.1.2 Contertulios	16
4.1.3 Amantes	21
4.1.4 Traductores	22
4.1.5 La despedida	25
4.2 LAS CARTAS	26
4.2.1 Primera carta	26
4.2.2 Conociéndose	27
4.2.3 Amándose	28
4.2.4 Despidiéndose	30
5. CONCLUSIÓN	32
5.1 LA TRADUCCIÓN COMO UN TEMA CENTRAL	32
5.2 LA TRADUCCIÓN COMO UNA METÁFORA DEL AMOR	34
5.3 ¿CÓMO TRADUCIR ESTO?	36
6. BIBLIOGRAFÍA	38
FUENTE PRIMARIA	38
FUENTES SECUNDARIAS	38

1.Introducción

1.1 Observación principal y objeto de estudio

¿La traducción se puede comparar con el amor? En la novela *El viajero del Siglo* (2009) los protagonistas Hans y Sophie son dos traductores enamorados quienes advierten que la traducción y el amor se pueden ver como metáforas una del otro: “Cuanto más trabajaban juntos más se daban cuenta de lo parecidos que eran el amor y la traducción, entender a una persona y trasladar un texto, volver a decir un poema en una lengua distinta y ponerle palabras a lo que sentía el otro” (Neuman 2009:301).

Colocados en pleno centro del panorama mosaico de historia, cultura y política que la novela nos ofrece, Hans y Sophie se interpretan, se entienden y se malentienden mutuamente. Se leen las miradas, se observan los movimientos y se absorben las palabras, tanto las escritas como las habladas. Su relación de amor es una cadena de traducciones, tanto a nivel humano como a nivel literario. Basándose en la relación de Hans y Sophie, la idea de la traducción y el amor como metáforas una del otro parece factible y lógica. Tan es así, que en esta tesina se argumentará que sin tenerla en cuenta no se puede lograr una lectura completa de la novela.

1.2 Propósito y método

En esta tesina se tratará el tema del parentesco entre la traducción y el amor, partiendo de la novela *El viajero del Siglo* de Andrés Neuman, con el objetivo de investigar el significado que puede tener para la obra en su totalidad.

El análisis de la novela se llevará a cabo de la siguiente manera: Primero se hará un intento de presentar e investigar la traducción misma, tal como está representada en esta obra, viéndola desde un ángulo filosófico. Es decir, en esta tesina no se va a enfocar en distintos métodos o tipos de traducción, sino aquí la traducción es vista como una actividad creativa de interpretación y comunicación. Para este primer paso se usarán las teorías de Walter Benjamin, las cuales serán presentadas más adelante.

Habiendo establecido cómo entender la traducción, se continuará por comparar y relacionar el amor y la traducción tal como son representados en la novela. El análisis se basará en la relación de amor entre Hans y Sophie, detectando en ella los rasgos de traducción. Su relación se aborda desde distintos ángulos y en cada uno se nota un desarrollo, una evolución a lo

largo de la novela. Se describen los encuentros entre los dos, tanto en compañía con otros como a solas, y paralelamente con estos encuentros se presentan las cartas que se escriben. A través de ejemplos concretos del texto se intentará pintar una imagen más clara y profunda de la relación traducción-amor. Finalmente, con el apoyo de la teoría y tomando en cuenta, siempre que sea relevante, la crítica existente sobre la obra, se tratará de concluir qué aporta dicha relación amor-traducción a la comprensión de la novela.

1.3. Preguntas de investigación

El análisis de este trabajo tendrá como objetivo contestar las siguientes preguntas:

¿Es válido decir que la traducción es un tema central en la novela en el mismo grado que lo es el amor? ¿Dónde y cómo se detecta la traducción en el texto?

¿En qué sentido se puede ver la traducción y el amor como metáforas una del otro?

Si amar es traducir y traducir es amar, ¿qué significado tiene esto para el entendimiento de la obra en su totalidad?

2. Trásfondo

Antes de empezar con el análisis, en este apartado se dará una presentación del autor y sus ideas sobre la traducción y el amor, un breve resumen de la novela y un resumen de lo que los críticos han expresado sobre la obra, en cuanto al tema en cuestión.

2.1 El autor

Andrés Neuman nació en 1977 y pasó su infancia en Buenos Aires, pero terminó de criarse en Granada, en cuya universidad fue profesor de literatura latinoamericana. Neuman debutó en la literatura como poeta y todas las obras del autor se destacan por su lenguaje poético, cualquier sea su forma literaria. Neuman formó parte de la lista *Bogotá-39* entre los nuevos autores más destacados de Latinoamérica y fue seleccionado por la revista británica *Granta* entre *Los 22 mejores narradores jóvenes en español*. Escribe regularmente en su blog *Microrréplicas* y sus libros están traducidos a dieciséis idiomas. Además ha traducido poesía del alemán y del inglés.

Su ensayo en la *Revista Ñ* (Neuman 2012) trata sobre la relación entre traducción y amor partiendo de un poema del escritor Inglés Philip Larkin, diciendo: “Amor y traducción se parecen en su gramática. Querer a alguien implica transformar sus palabras en las nuestras. Esforzarnos en entender a la otra persona e, inevitablemente, malinterpretarla. Construir un precario lenguaje en común. Para traducir un texto de manera satisfactoria hace falta desearlo.” Neuman vuelve a esta idea en varias ocasiones en su blog (Neuman 2011; Neuman 2014).

En una entrevista de radio sobre *El Viajero del Siglo* el autor conversa con Ted Hodgkinson sobre la importancia del deseo en la traducción diciendo que “the less love you put into things the more they resemble each other” (“Granta Audio” 2012). Desarrollando su idea se puede decir que para traducir bien un texto hay que acercarse a él con la mente abierta, dejar que el texto le hable a uno, dejarse sorprender. Si el traductor no se empeña en realmente descifrar el texto que tiene ante sí, su traducción no podrá captar la esencia del texto y en vez de transmitir el texto, más bien transmitirá el estilo de traducir del traductor, resultando parecida a otras traducciones suyas. Cuánto más le guste el texto al traductor, más deseará entenderlo y comunicarlo y mejor traducción hará de él. Los mismos mecanismos son aplicables para las relaciones de amor. Si una persona siente un deseo sincero de conocer a su amante, su entendimiento de éste será más profundo y cada relación suya será tan única como lo es cada

amante, tanto por lo que se da que por lo que se recibe. Sin embargo, si al amante le interesa poco conocer al otro, si se basa en prejuicios y experiencias previas, entonces corre el riesgo a repetirse en las relaciones y cometerá siempre los mismos errores. Establecerá claramente su estilo de tener relaciones, pero le será difícil lograr relaciones auténticas o acercarse verdaderamente a nadie.

En esta misma entrevista Neuman afirma que para él la traducción es un acto de amor y vice versa. Dice que *El viajero del Siglo* trata de fronteras: entre mundos, entre idiomas y entre personas, y que la traducción es una manera de entender el mundo tratando de cruzarlas. “Translation is the heart of the novel. Present in all scenes.” Neuman explica cómo quería insertar la traducción siempre que fuera posible y da dos ejemplos concretos: el primer encuentro entre los amantes y el lenguaje en común que desarrollan.

2.2 La novela

El viajero del siglo se publicó en 2009 y ha recibido varios premios literarios, entre ellos el Premio de la Crítica. Fue además elegida entre las cinco mejores novelas del año en lengua española por los críticos del diario *El País* y de *El Cultural* del diario *El Mundo*. La traducción inglesa de la novela fue seleccionada entre los mejores libros del año por los diarios *The Independent*, *The Guardian* y *Financial Times*.

La novela relata la estancia de un viajero llamado Hans en Wandernburgo, una ciudad imaginaria ubicada entre Prusia y Sajonia. El período al cual nos traslada la novela es el siglo XIX, sin embargo la manera en la que se describen los acontecimientos y los protagonistas, aviva a esta época remota. Los personajes se presentan como seres de carne y hueso que sienten, actúan y desean como cualquier persona del siglo XXI. Neuman pinta un retrato de todos los colores, creando personajes accesibles y dando un valor de actualidad a su destino.

Hans es un viajero dedicado a traducir textos, acostumbrado a transitar por muchos países, pero en esta ciudad se encuentra con algo que no le permite irse. En Wandernburgo Hans conoce a una serie de personajes que provocan en él cambios radicales. Uno es el viejo organillero que toca en el mercado. Hans y el organillero desarrollan una amistad íntima y a lo largo de la novela entablan numerosas charlas dentro de la cueva donde habita el viejo músico. A través de su amistad con el viejo Hans conoce a unos trabajadores de la ciudad que le sirven de testimonios de la parte pobre de la sociedad. Otro personaje, en esta tesina considerada otra protagonista, es la que más le impide a Hans dejar Wandernburgo. Ésta es Sophie Gottlieb, una mujer joven con dotes intelectuales muy afines a los de Hans. Sophie, a

pesar de estar comprometida con otro, entabla con Hans una relación de amor que terminará transformándole la vida.

Hans comienza a ir a una tertulia literaria en casa de la familia Gottlieb, donde tienen lugar debates intelectuales que contrastan con las reuniones informales en la cueva. Mediante los argumentos de los contertulios, todos pertenecientes a la clase alta, la sociedad de la época es reflejada y discutida desde distintos ángulos. La perspectiva ofrecida por el mismo Hans se podría interpretar como la óptica del siglo XXI. Es decir en su manera de pensar y actuar se transmite una mentalidad de nuestro tiempo. Hans conecta a los lectores de hoy en día con el mundo histórico que la novela relata. Su postura es la de un ciudadano del mundo, “sin prejuicios de clase de ningún tipo”, casi demasiado ideal para ser de hoy en día: “Se diría que procede del futuro”, como dice José Cuesta (2012).

Para poder verse a solas con Sophie, y para disfrutar de su talento innato para la traducción, Hans le ofrece trabajar con él, traduciendo textos para una revista. Empiezan a reunirse tres veces por semana en la posada donde Hans reside y aquí tienen lugar los encuentros sexuales que perturban el orden de la ciudad y la vida de ambos, para siempre.

2.3 La crítica

Dado que *El viajero del Siglo* es una novela tan extensa y compleja los críticos encuentran en ella mucho material para analizar. Mayor atención se ha dado a los temas políticos y socio-culturales reflejados en las tertulias y la interpretación y la presentación que hace el autor del siglo XIX. En su novela Neuman pinta “un retrato de época que pivota sobre la idea de la confrontación entre libertad y autoritarismo, independencia y convencionalismo, progreso y reacción” (Villanueva 2009:34) y habla además “sobre la extranjería, la emancipación de la mujer, el multiculturalismo y los nacionalismos” (Galán 2009). Son todos temas interesantes, sin embargo no hay espacio para analizarlos aquí. En esta tesina se enfocará lo que la crítica dice sobre el amor y la traducción en la novela.

La apasionada historia de amor entre los protagonistas, Hans y Sophie, constituye el eje de la obra. Alrededor de los encuentros, las miradas y las cartas de estos dos amantes, paralelamente con el desarrollo de su relación amorosa, se nos presenta una gran variedad de temas que reflejan la época desde distintos ángulos. Aunque los críticos ponen su énfasis en cosas distintas la mayoría de ellos está de acuerdo que esta novela es, ante todo, una historia de amor. “Si tuviera solo media docena de palabras para resumir *El viajero del siglo* diría: es

una romántica historia de amor” (Villanueva 2009:34). “Un amor que crece, se intensifica y se materializa a partir del arte y del intelecto”, como dice Urcaray (2009). Esta apasionada relación de amor nos capta a los lectores y ofrece un marco dentro del cual el autor puede desarrollar numerosos temas y reflejar una época histórica, tanto a través de la relación misma (Sophie, por ejemplo, retrata la emancipación de la mujer) como a través de los personajes y acontecimientos que se presentan paralelamente. Su amor domina la novela. “En cada agitado debate, en cada lectura y, después, en cada traducción, conjunta el amor de Hans y Sophie” (Urcaray 2009).

Dado la importancia de su relación, ambos amantes pueden ser considerados protagonistas. Se podría argumentar que lo es sólo Hans. La historia se inicia con su llegada a la ciudad y termina cuando él se va, y a Hans los lectores lo seguimos más que a Sophie. Aun así, gracias a la importancia que ella tiene para Hans, tanto cuando están juntos como cuando no lo están, Sophie también ocupa un papel principal. Sin ella, ninguna historia de amor. Sin ese amor, ninguna novela. El papel importante que Sophie ocupa en el argumento (y con ella el mismo amor) es destacado por varios críticos, entre ellos Mora, quien afirma que “lo que le retiene [a Hans] en Wanderburgo no es la ciudad, a la que nunca acaba de aceptar y entender; su identidad *es* Sophie, es el amor quien le impide salir de la ciudad cambiante” (Mora 2009). Mora dice que Neuman en el personaje de Sophie hace un retrato preciso e impresionante de la psique femenina de la época “digna de un James o de una Austen”.

El tema de la traducción, sin embargo, se analiza poco o nada. En la crítica se menciona que el protagonista gana su vida como traductor y que los amantes de la novela traducen juntos, pero no lo consideran como algo central. Cuando la traducción sí se menciona es principalmente por dos motivos: o se habla de los poemas traducidos dentro de la novela o se relaciona la traducción con la manera en la que Neuman escribe. Es decir, se argumenta que él en su texto da vida a los personajes, a la época, a los conflictos, de modo que se actualiza, *se traduce*, lo histórico y lo imaginario a nuestros tiempos, a la realidad.

En cuanto a la poesía traducida, Mora dice que las páginas en las que Neuman traduce y comenta poemas de la época, tienen un alto valor intelectual. En parte porque las traducciones en sí son exquisitas y en parte por la validez de los comentarios que sugieren un conocimiento profundo de la cultura de la época por parte del autor. “*El viajero del siglo* guarda en su interior un excelente ensayo sobre la literatura del siglo XIX, de unas ciento cincuenta páginas de extensión, que añade al mérito de su inteligencia el agradecible esfuerzo de presentar todas las traducciones realizadas de propia mano. Aunque no les gustase la novela o no les guste la escritura de Neuman, sólo por esto, *El viajero del siglo* es un libro necesario” (Mora 2009).

Otro crítico, Guadalupe, está igualmente impresionado por las traducciones hechas por el autor y dice que a través de estas Neuman nos brinda a los lectores la selección de sus poetas europeos preferidos de la época. Guadalupe percibe algo de la importancia de la traducción en la obra, haciendo la conexión entre la profesión de Hans y la del autor, quien justo el mismo año que empezó a escribir *El viajero del siglo* publicó la traducción de un poemario titulado “Viaje de invierno”, de un poeta alemán. Guadalupe concluye que esa traducción indudablemente participó en la gestación de la novela y que Neuman además se sirve del personaje Hans para celebrar el oficio de traductor (2013).

En cuanto a la supuesta traducción inherente al texto de Neuman ésta se podría expresar mediante las palabras de Villanueva, quien afirma que “Neuman construye un relato de pensamiento donde ‘traduce’ la existencia por medio de una alegoría” (2009:34). Da el ejemplo de la vida de viajero de Hans, diciendo que es una metáfora de la necesidad humana de fijar un destino para soportar una existencia marcada por incertidumbre. Mora también advierte traducciones más bien filosóficas en la novela. Ha reparado en el comentario de uno de los contertulios mediante una conversación sobre la traducción, donde éste dice que “ningún libro es exactamente el mismo a lo largo del tiempo, los lectores de cada época van transformándolo” (319). Según Mora esta frase sobre la traducción puede leerse de otra forma, alterando levemente los términos: “ninguna época es exactamente la misma a lo largo del tiempo, los lectores de cada libro van transformándola”. Mora piensa que en esta frase reside uno de los significados profundos de “El viajero del siglo” (Mora 2009).

Ante el trabajo con esta tesina se intentó buscar crítica literaria que combinara la traducción y el amor en el análisis de la novela. El único ejemplo que se logró encontrar es el artículo de Castañeda Hernández, donde la autora analiza la relación entre Hans y Sophie comparando sus rasgos de amor cortés con sus rasgos de erotismo (2011). Castañeda Hernández repara en la relación entre lo literario y lo sexual, llegando a la conclusión que Neuman a través de su relato construye un puente entre estos dos mundos. Según Castañeda Hernández, el lenguaje juega un papel importante e íntimo en la relación entre los protagonistas: “En la segunda parte el papel del lenguaje va transfigurando la historia. La lengua se convierte en el vehículo del amor y el erotismo ya que, como los textos que traducen, los cuerpos de los amantes también se deben descifrar” (2011:53). Aunque la autora advierte la semejanza entre los actos de amor y traducción no la desarrolla más, sino que su trabajo enfoca en cómo la relación entre Hans y Sophie rompe reglas, combinando un estilo de amor con otro, y las consecuencias que tiene esto, para los amantes y para la obra.

3. Marco teórico

Está claro, que no se puede ver la traducción como un acto de amor si no se la entiende de forma más amplia, como una especie de comunicación humana cuyo éxito o fracaso depende de la manera en la que es recibida y descifrada por su traductor. O como un puente entre dos idiomas, que posibilita su encuentro. El objetivo de tesina no es analizar la actividad profesional de pasar un texto de un idioma a otro y por eso no se enfocarán las distintas herramientas, problemas o soluciones con las que un traductor se pueda encontrar ni se discutirán los distintos estilos o métodos que existan, sino que aquí, la traducción es vista como una forma de interpretación que no se limita al trabajo con textos. ¿Qué es traducir y qué es una traducción? Solo ampliando la mirada, se puede relacionar este acto con el amor y verlo como una metáfora del mismo. La argumentación de esta tesina, y el análisis de la obra en cuestión, se llevarán a cabo a la luz de las teorías de Benjamin cuyas ideas se presentarán a continuación.

3.1 La traducción según Benjamin

Walter Benjamin (1892-1940) fue filósofo, crítico literario, traductor y ensayista alemán. En su ensayo “La tarea del traductor” [Die Aufgabe des Übersetzers], publicado en 1923, presenta sus ideas sobre la traducción como una actividad liberadora que nos permite a los seres humanos acceder a la auténtica experiencia de lenguaje que, según él, hemos perdido.

Para Benjamin la palabra tiene una importancia fundamental para nuestra existencia, “a position most succinctly voiced in “The Task of the Translator”, which cites the opening words of St John’s gospel from the New Testament: *en archei en ho logos* (In the beginning was the Word)” (Hanssen 2004: 60) Según entiende Benjamin la creación, Dios al llenar a Adán con su aliento le llenó, a la vez, con vida, espíritu y lenguaje. Es decir, Benjamin considera el lenguaje una parte esencial de los seres humanos, algo que nos define, para bien y para mal. La palabra escrita es para Benjamin una especie de arte, que necesita ser interpretada con respeto. Dice que un texto literario contiene siempre algo más que un mensaje y si un traductor se empeña en traducir el mensaje del texto no logrará traducir nada, porque se perderá lo intraducible, lo que está entre líneas. Según Benjamin, para traducir un poema el traductor tiene que hacer más que transmitir poesía, tiene que crearla (s/n).

Benjamin compara la traducción con un estado de ánimo, una forma de ser, inherente tanto al texto como a su traductor. Según él, el éxito o el fracaso de una traducción tienen que ver

con la traducibilidad del original: “El problema de la traducibilidad de una obra tiene una doble significación. Puede significar en primer término que entre el conjunto de sus lectores la obra encuentre un traductor adecuado. Y puede significar también – con mayor propiedad – que la obra, en su esencia, consiente una traducción y, por consiguiente, la exige, de acuerdo con la significación de su forma” (ibid.). Es decir, hace falta un buen traductor que sea receptivo para lo que el texto transmite y es además necesario que el texto mismo sea descifrado y accesible para que pueda ser traducido.

Según Benjamin, las traducciones literarias le deben su existencia a la fama de una obra, sin embargo, son las traducciones que les mantienen y apoderan a esta fama: “La vida del original alcanza en ellas su expansión póstuma más vasta y siempre renovada” (ibid.). Dice que es imposible reflejar del todo un texto y que la traducción que intenta obtener similitud con su original está destinada a fallar. A pesar de afirmar la imposibilidad de la traducción perfecta, Benjamin cree en la existencia de la misma: “Pues todas las obras literarias conservan su traducción virtual entre líneas, cualquiera que sea su categoría” (ibid.). Por lo tanto, una versión interlineal del texto, un texto que transmite el mensaje ya formulado pero también el que el original *no* ha logrado expresar, es el ideal al que debe aspirar cada traductor.

La traducción prolonga la vida del original pero siempre lo cambia, y no solo en el momento de traducirlo sino que también ocurren cambios post-scriptum en la traducción misma: “Las formas de expresión ya establecidas están igualmente sometidas a un proceso de maduración. Lo que en vida de un autor ha sido quizás una tendencia de su lenguaje literario, puede haber caído en desuso, ya que las formas creadas pueden dar origen a nuevas tendencias inmanentes” (ibid.). Es decir, ningún texto mantiene su valor absoluto a lo largo del tiempo, no es estático y tampoco lo son los lenguajes: “La traducción está tan lejos de ser la ecuación inflexible de dos idiomas muertos que, cualquiera que sea la forma adoptada, ha de experimentar de manera especial la maduración de la palabra extranjera, siguiendo los dolores del alumbramiento en la propia lengua” (ibid.).

Según la teoría del lenguaje de Benjamin los seres humanos perdimos el lenguaje puro cuando fuimos expulsados del paraíso y en nuestro uso actual del lenguaje falta ese sentido profundo y poderoso que tenía el lenguaje en un comienzo. Entonces creamos y vivimos las cosas nombrándolas, ahora las nombramos automáticamente sin vivirlas. Benjamin considera la modernidad una cultura depravada que ha substituido el lenguaje puro y la palabra creativa por la lógica y “la magia de juzgar” (Hanssen 2004: 55). Bentolila explica esta idea de Benjamin diciendo que la diferencia entre el lenguaje puro y el lenguaje común y corriente es que el lenguaje puro nos permite a los seres humanos vivir la lengua, tener la experiencia de

las cosas de las que hablamos, mientras que el otro lenguaje es una mera herramienta de comunicación (2005:2). Cuando empezamos a usar el lenguaje para nuestros fines perdimos de vista su significado espiritual, su esencia.

Benjamin dice que todos los idiomas están conectados entre sí: “Se funda en el hecho de que las lenguas no son extrañas entre sí, sino a priori, y prescindiendo de todas las relaciones históricas, mantienen cierta semejanza en la forma de decir lo que se proponen” (s/n). Este parentesco entre lenguas no exige necesariamente similitud y no hay que buscar su causa solamente en la historia. “Todo el parentesco suprahistórico de dos idiomas se funda más bien en el hecho de que ninguno de ellos por separado, sin la totalidad de ambos, puede satisfacer recíprocamente sus intenciones, es decir el propósito del lenguaje puro” (ibid.). Dicho con otras palabras, Benjamin no busca la causa de dicha conexión en las raíces históricas de las lenguas o en las estructuras gramaticales que comparten, sino que él eleva el parentesco a otro nivel, al origen mismo del lenguaje, un origen que está escondido en las lenguas modernas. Según Benjamin la traducción es un acto preliminar que indica “el ámbito predestinado e inaccesible donde se realiza la reconciliación y la perfección de las lenguas” (ibid.). Para Benjamin en ese ámbito deseado e inalcanzable (que sería la traducción perfecta) está lo que es más que el mensaje del texto: lo intraducible. “Por eso la *tarea del traductor* es la de la escucha, de saber *oír* los sonidos que producen el roce de las lenguas caídas y de *atender* al eco del original en la lengua que se traduce” (Bentolila 2005:3).

Según Benjamin, el traductor que traduce poesía tiene que crear poesía. Sin embargo, el traductor no puede ser tan espontáneo como un poeta porque tiene que integrar dos idiomas. En la traducción nunca concuerdan del todo las proposiciones individuales, las estructuras poéticas y los juicios, sino que los lenguajes tienen que ponerse de acuerdo y complementarse basándose en una intención mutua. Visto así, esa lengua que se crea desde las intenciones mutuas que sobrepasan las diferencias es un lenguaje puro, más sincero. Hansen describe este proceso, a través del cual se alcanza lo que cada lenguaje singular no puede alcanzar, de la siguiente manera: “Translation did not express unbridgeable differences, nor the bridging of separate registers in metaphoric transposition; instead, languages ‘secret password’ was deciphered as it gradually passed into the singular language of the sentry standing at the gates of a higher sphere of creation.” (Hansen 2004:61) O, como dice Bentolila: “Esta relación, que no puede ser creada, los idiomas la representan realizándola en forma ‘embrionaria e intensiva’, a la manera de un tanteo, de una experiencia” (2005:3). Si la traducción se lleva a cabo de este modo sincero su resultado será transparente, no esconderá al original ni se pondrá en su camino. Dejará que el lenguaje puro le brille encima. Esta traducción se logra

cuando el traductor presta atención a cada palabra, traduciéndolas una por una, en vez de hacer su propio resumen de ellas y traducir sólo a esta interpretación limitadora.

Benjamin entiende la tarea del traductor como la de una liberación doble. Al igual que la traducción puede liberar el original y permitirle el acceso al lenguaje puro, el traductor mismo al traducir también se libera de sus propias limitaciones lingüísticas. “La libertad se hace patente en el idioma propio, por amor del lenguaje puro. La misión del traductor es rescatar ese lenguaje puro confinado en el idioma extranjero, para el idioma propio, y liberar el lenguaje preso en la obra al nacer la adaptación” (Benjamin s/n) Es decir, a través del proceso de traducción el original queda libre de tener que comunicar un cierto sentido (él que el texto original comunica a los lectores) y en ser liberado de esta obligación comunicativa, el original puede transmitir otros sentidos, antes no visibles (“Atlas Walter Benjamin”). Es decir la traducción, en reinterpretar el original, le ofrece nuevas maneras de ser, o como lo expresa Trigo en su comentario al ensayo de Benjamin: “La traducción es apertura del ser” (2012). Esta labor exige una cierta actitud por parte del traductor, una cierta forma de ser. Para hacer una buena traducción el traductor tiene que mantener una actitud abierta, dejándose llevar por el original. “El error fundamental del traductor es que se aferra al estado fortuito de su lengua, en vez de permitir que la extranjera lo sacuda con violencia” (Benjamin s/n).

3.2 La traducción y el amor

¿Quién puede describir el amor sin sentir que le fallan las palabras, sin sentir que la búsqueda misma, por su inmensidad que todo lo sugiere y nada confirma, es en sí la prueba de la grandeza de lo que no logra definir? De la misma manera, Benjamin describe la traducción, La eleva a un nivel espiritual donde su parentesco con el amor es lógico y factible, en parte por la importancia que tiene para la humanidad, y en parte por su afán a revelar algo más allá de nosotros, alguna especie de verdad.

En conclusión, Benjamin opina que los idiomas esconden y atan el lenguaje puro y que solamente a través de la traducción se puede revelar este lenguaje. Dice que cada obra contiene su traducción escondida entre líneas y que la traducción ideal es una versión interlineal del original. Viendo la traducción, tal como la presenta Benjamin, como una metáfora del amor, se puede concluir que el amor es liberador y que es solo a través del amor que podemos alcanzar nuestra esencia y desprendernos de nuestras máscaras. Siguiendo esta línea se podría argumentar que lo que cada persona busca en su amante es alguien que le pueda leer entre líneas y que, dado esto, una relación de amor se puede considerar exitosa cuando les permite a los amantes revelar su verdadero ser.

4. Análisis

A continuación se analizará la relación de amor entre Hans y Sophie, detectando en ella los rasgos de traducción y relacionando esta traducción con el amor. Se tratarán primero los encuentros entre ellos y después las cartas que se escriben.

4.1 Los encuentros

Hans y Sophie se encuentran por primera vez en la casa de Sophie, cuando Hans viene a visitar al padre de ella. Después Hans es invitado a participar en la tertulia de Sophie y más tarde en la novela empiezan a verse a solas, bajo el pretexto de traducir poesía juntos.

4.1.1 Primer encuentro

Mora describe la escena donde Hans y Sophie se encuentran por primera vez como “soberbia” (2009) y otro crítico, Beatriz Gutierrez Agosto, dice que “el pasaje en que Hans trata de interpretar qué pasa por la cabeza de Sophie a través del lenguaje del abanico me parece magistral” (2012). Este primer encuentro inicia la descripción de un amor bello e inevitable, y está lleno de pequeños actos de traducción, especialmente por parte de Hans.

Antes de verla, Hans la escucha, “La falda de Sophie Gottlieb susurraba por el pasillo. El sonido cosquilloso de esa falda le provocó a Hans cierta ansiedad” (Neuman 2009:43). Esta falda y las formas que dibuja en el aire o el sonido que produce al moverse, será mencionada una y otra vez en la novela, representando la presencia de Sophie. Después de la entrada de Sophie en la sala “Hans había perdido el tono, extraviado la sintaxis. Intentó reponerse.” (43) Si Sophie hubiera sido un texto que Hans iba a traducir, él no habría podido actuar más en línea con las recomendaciones de Benjamin en cuanto al buen traductor, quien “debe emplear una actitud abierta y dejarse llevar” (s/n). Hans es tan receptivo a la impresión que le causa Sophie que tiene la sensación de haberse caído.

Al cabo de un rato, Hans advierte cómo se mueven las manos de Sophie: “Siguiendo el veloz sigilo de esas manos, Hans creyó entender mejor la actitud de Sophie y supuso que esa aparente lejanía era en realidad una intensa desconfianza que todo lo examinaba” (44). Al lograr descifrar una parte del carácter de Sophie, Hans se siente más seguro y avanza en la conquista. Entiende que para impresionarla tiene que hacer como si no lo intentara, hablándole indirectamente a través del padre. De repente, Sophie levanta un abanico de la mesa. “Mientras hacía reír a señor Gottlieb, Hans oyó que el abanico de Sophie se desplegaba

como una baraja que empezaba a mezclar la suerte.”(45) Igual que los dedos de Sophie, ahora es el abanico el que se mueve constantemente, comunicando las reacciones de su dueña en un lenguaje silencioso. Hans se da cuenta de que cada frase suya obtiene una respuesta en forma de un pliegue o despliegue del abanico.

El señor Gottlieb desvía la conversación a un terreno donde su hija no puede participar. Ella comienza replegar su abanico, parece abandonar la escucha y mira por las ventanas. Hans, desesperado por avanzar un poco más antes de que se termine la visita, logra encontrar un puente rebuscado entre el tema del padre y un tema que pueda interesarle a Sophie. Ella se da cuenta de lo que hace y le da pequeñas recompensas con el abanico, dirigiendo de nuevo su interés a la conversación. “Envalentonado por estas victorias parciales, Hans se aventuró demasiado y soltó una impertinencia: el cierre brusco del abanico dibujó en el aire una rotunda negativa” (46). Entonces Hans matiza su comentario, “hasta hacerlo significar prácticamente lo contrario”, y Sophie se acerca otra vez.

Después del segundo té Sophie mira a Hans y al mismo tiempo que lo mira acaricia las varillas del abanico con la punta del dedo. Ante esta supuesta invitación, este mensaje sensual, Hans se pierde del mundo por un momento y cuando vuelve a ver y escuchar con normalidad Sophie ya se ha ido y el señor Gottlieb lo está acompañando a la puerta. Hans sale de la mansión y echa a andar “sin saber adónde dirigirse, sintiéndose muy mal, muy bien” (47).

La presencia de la traducción se resalta en este primer encuentro entre Hans y Sophie. Él interpreta cada sonido, cada movimiento, cada mirada, por parte de ella, buscando la respuesta adecuada tanto para sus acercamientos como sus alejamientos. Hans y Sophie se desconocen y son guiados nada más que por su interés en conocer al otro. Su encuentro se asemeja a la de dos idiomas ante una traducción, los cuales se acercan, como dice Bentolila, “a la manera de un tanteo, de una experiencia” (2005:3), probando qué camino conecta con el otro. La mirada final de Sophie le ofrece a Hans un mensaje que hace que él pierda su control tratando de descifrarlo. En esto Sophie le comunica una característica muy suya: le gusta tener la última palabra. En cuanto a Hans, él está encantado por la montaña rusa que Sophie le ofrece.

4.1.2 Contertulios

Cada viernes en su casa, Sophie organiza una tertulia, llamada *el Salón*, en la que los invitados discuten y debaten distintos temas, recitan poesía o improvisan obras de música o teatro. Como anfitriona Sophie se asegura de que cada invitado se sienta a gusto y que las discusiones fluyan sin problema. A poco tiempo de conocer a Hans, Sophie lo invita a

participar y está encantada por sus contribuciones al debate. La traducción que Hans y Sophie hacen uno del otro durante las tertulias es una de miradas, gestos, sonrisas y argumentos. Se hablan indirectamente a través del debate y observan atentamente el cuerpo del otro.

Una tarde Sophie le habla a Hans “acariciando el borde interior del asa de su taza de té, sin llegar a introducir el dedo, retirándolo y volviendo a aproximarlo, lo cual observaba Hans progresivamente inquieto.” (96) Los dedos movedizos de Sophie y las reacciones de Hans son descritos entre paréntesis como diciendo que la traducción de lo no verbal es un proceso constante y por más discreto que sea es sumamente importante para el avance de la relación.

Durante un debate sobre la poesía, Hans dice que en la corrección del poeta se puede leer un miedo a equivocarse. Sophie se atreve a contestarle a Hans, en varios niveles:

Miedo a equivocarse había dicho Hans indagando en la forma, la claridad y los ojos de Sophie. Y ella, en vez de rehuirle la mirada o atender a cualquier detalle de la mesa, se había mantenido erguida al contestar: Pero el miedo a equivocarse, señor Hans, también es un derecho del poeta. (223)

Están hablando de poesía, sin embargo parece que Sophie comunica algo más, algo de lo que en realidad desea hablarle a Hans. Llevar su relación de cartas y miradas a otro nivel sería equivocarse. Tal vez, Sophie esté diciendo que tienen derecho a cometer ese error, averiguando si Hans tiene, en efecto, miedo. Más tarde, Hans discute la necesidad de principios poéticos diciendo que: "una cosa es saber que los principios existen, y otra cosa es reproducirlos, mucho más placentero me parece desobedecerlos, intentar cambiarlos. (¿Cambiar de principios?, ¿desobedecerlos?, ¿placentero?, pensaba Sophie" (225). La pregunta es cuáles son los principios que a Hans le gustaría desobedecer y en qué consistiría el placer en hacerlo. Pareciera que aquí él le comunicara la respuesta a la pregunta que Sophie le hizo.

Sophie goza y huye de las miradas de Hans traduciendo sus comentarios y su intensidad, llegando a la doble conclusión de que él además de desearla la entiende. Una tarde, Hans se lanza en un monólogo apasionado sobre el filósofo Fichte. “Por fin Hans se quedó callado, igual que los demás. Fue apenas un instante. A Sophie le costó disimular el impacto que las palabras de Hans acababan de causarle. Y sobre todo le costó distinguir si ese impacto había sido filosófico o de otra naturaleza muy ajena a Fichte.” (98) Sophie está encantada por los aportes de Hans al debate sabiendo “que ciertas ideas de Hans no las podría expresar ella misma con tanta facilidad, en parte por la presencia de su padre y en parte por la neutralidad que le imponía su rol de anfitriona” (100). Hans habla por ella. Sophie lo disfruta, y al mismo

tiempo le molesta que sea necesario. Esta tarde, maneja su frustración aplicándose en hacer circular los canapés y el chocolate caliente. Obligada a la censura habla frenéticamente con las manos. La discusión filosófica sigue, pero a los ojos de la anfitriona nadie dice lo que hace falta decir. “Sophie se retorció los dedos como quien estruja un papel.” (103) Se muerde el labio. “¿Y usted qué, señorita? la desafió Hans sin perder de vista ese labio” (103). Con una voz cargada de ironía, nunca dejando de lado las buenas modales, Sophie expresa su frustración por la exclusión de las mujeres, invitada a hablar por Hans, quien la desea incluir. Según Castañeda Hernández, Sophie “a través de las tertulias de los viernes encuentra su verdadera identidad como mujer y se hace dueña de su propia personalidad” (Castañeda Hernández 2011:56) sin embargo, por más que Sophie dirija la discusión no goza de libertad de expresión. Para hacerse dueña de su personalidad necesita a alguien que le ayude, es decir a Hans.

Al correr de las tardes, las traducciones entre Hans y Sophie se vuelven cada vez más sensuales. Es en un nivel intelectual que logran conectarse, y es allí donde comparten algo que está fuera del alcance de los demás contertulios, pero a su vez, dada la atracción mutua, la dimensión del cuerpo empieza a ocupar un papel más grande en la relación, convirtiéndose en el foco de las traducciones que se hacen mutuamente. Una tarde, Sophie es elegida para recitar poesía. A Hans le parece que Sophie “modulaba con la intensidad justa” y que recita “gozando de las pausas sin dilatarlas de más”. Concluye que Sophie es “sensual consigo misma y no para impresionar a sus oyentes” (136), lo cual a Hans le parece irresistible. Al terminar la lectura Sophie cierra el libro despacito, dejando su dedo atrapado en él, extiende el libro hacia Hans y con una sonrisa provocadora le pide que lea el último pasaje. “De pronto se fijó en la garganta de Hans, que revelaba un bulto succulento, un nido de palabras” (137). Cuanto más se conocen, más reflejan al otro con sus miradas o movimientos. Es decir, miran donde el otro mira, mueven la parte del cuerpo que el otro mueve u observa. Parece un baile.

Una vez que son amantes “en la práctica” Hans y Sophie siguen traduciéndose, pero ya con más certeza, confirmando su conocimiento sobre el otro más que buscándolo. Una tarde de *Salón* se discute el matrimonio y una contertulia opina que un buen esposo (aquí tomando como ejemplo el prometido de Sophie) “debe mostrarle afecto a su mujer, debe atenderla siempre, debe hacerla sentir (¿protegida? sonrió Sophie rozándose los labios con el abanico)” (288). Hans quien entiende que Sophie se está burlando de los papeles tradicionales de los sexos carraspea y la mira de reajo. Entonces el prometido de Sophie “miró de reajo a ambos, carraspeó mucho más fuerte y Hans y Sophie apartaron la vista en el acto” (289).

Así cómo un traductor inevitablemente inserta en su traducción sus propias experiencias y expectativas, una persona que intenta traducir al otro está también traduciéndose a sí mismo. La movilidad de Sophie es algo que fascina a Hans a lo largo de la novela. Le encanta que nunca esté quieta, ni en cuerpo ni en mente. Hans es un viajero que nunca se queda mucho tiempo en ningún lugar. La única razón por la que se prolonga su estadía en Wandernburgo es Sophie. Ella le ofrece otra especie de viaje y Hans acepta la ida, quizás reconociéndose a él mismo en ella. A veces Sophie sale momentáneamente de la sala y cuando vuelve Hans advierte cómo su presencia cambia todo. Sin ella la sala es pasiva y estricta, con ella se anima. "Hans se dijo que, definitivamente, Sophie tenía el don sublime del movimiento: nada permanecía nunca quieto o indiferente a su alrededor" (133). En cuanto a Sophie, está atrapada en una vida donde no puede ser ella misma, una existencia parcial. En Hans se ve reflejada con todas sus partes y es atraída por la posibilidad de amar y ser amada, con todo su ser.

Traduciéndose mutuamente Hans y Sophie logran desarrollar un lenguaje en común. Por un lado se pueden hablar en silencio, interpretándose los gestos, las miradas y los hábitos. Por otro lado, comparten un lenguaje en el debate:

Cada vez con más frecuencia, cuando tomaba la palabra para defender ideas en las que siempre había creído, Hans tenía la sensación de estar haciéndolo en nombre de una sola causa: en nombre de Sophie, más que por vanidad dialéctica, que por supuesto la tenía en abundancia, o por encima de ella, Hans se aplicaba con tanto ardor en las discusiones porque sabía que Sophie estaba de acuerdo. Y cada vez que hablaba sentía que estaba argumentando a favor de ese acuerdo, empujándolo hacia algún otro lugar, algún lugar lejos de allí. (208)

El lenguaje en común entre estos amantes "en espera" va más allá de las ideas intelectuales. Se hablan, se miran y se imitan. Hans siempre se preocupa por no ofender al padre de Sophie. Una tarde se discute sobre la educación y Hans lamenta que Europa, a causa de la Restauración perdió la ocasión perfecta para desarrollar la enseñanza laica. "Al pronunciar *laica*, Hans miró al señor Gottlieb y se encogió de hombros beatíficamente como si hubiera dicho *pía*. Sophie apartó la cara para ocultar una risa: este hombre le estaba copiando los recursos." (210)

Durante una tarde de *Salón* el profesor Mietter (un contertulio) opina que es imposible traducir poesía y que en vez de intentarlo, el traductor debe ofrecerle al lector una especie de guía que le ayude a penetrar el original. "Al escuchar estas opiniones, Hans pensó que todo lo que decía el profesor podía trasladarse al campo de las emociones: alguien que descreía de las

posibilidades de la traducción era, en pocas palabras, alguien aséptico con el amor” (316). Cuando el profesor sigue hablando sobre la fidelidad al original y el respeto a la palabra del autor Hans opina que la fidelidad es una paradoja y explica que al pasar un texto a otro idioma ocurre una transformación inevitable, pero que no hay que tenerle miedo a esta transformación, sino verla como algo potencialmente positivo:

si el esfuerzo de interpretación da los frutos correctos, el texto puede incluso mejorar, o al menos convertirse en otro poema tan digno como su antecesor. Y le diría más, precisamente por lealtad a su naturaleza poética, pienso que un traductor tiene la obligación de reescribir el original, o sea devolverle al lector un *auténtico* poema en su propia lengua. Claro que para eso es necesario un equilibrio delicado entre las libertades que se toma el traductor y una comprensión verdadera, digamos honesta, del primer texto (...) Tal como la entiendo, una traducción no se compone de una voz de autoridad y otra voz que la obedece, es más bien un encuentro entre dos voluntades literarias. (316)

Al terminar su monólogo Hans duda de qué está hablando, si de traducción o de amor. Como saboreando sus palabras, Sophie chasquea su lengua "resbalosa, expresiva y mudable" y consulta la opinión de otro contertulio. Éste dice que la traducción es un producto de su época y por lo tanto "cada época necesita traducir de nuevo su biblioteca" (319). Entusiasmado Hans asiente, diciendo que cada lector "entiende, sobreentiende y malinterpreta cada palabra, no hay ninguna transparencia entre el libro y su lector, siempre habrá una extrañeza que produzca un segundo texto, una versión de lo leído" (319). La visión de la traducción que se expresa aquí encaja con las teorías de Benjamin y se puede resumir de la siguiente manera: La traducción es un arte, tan imposible como necesario y el traductor debe ser respetuoso hacia el original pero a la vez tiene que ser creativo. El valor de la traducción es temporario como el significado del texto no es algo estático, sino cambia con el tiempo, dados los cambios que ocurren alrededor. Sophie, quien aprecia la libertad y la creatividad tanto como Hans, apoya esta postura, independientemente de si se aplica en la cama o trabajando con textos.

En las últimas tertulias los amantes sufren la sombra amenazante que ha caído sobre su amor. Una tarde, cuando Sophie está tocando el piano, Hans se pone a mirar el cielo a través de los ventanales e "intuyó que Sophie le miraba la espalda, pero prefirió ser prudente y quedarse contemplando la calle hasta que los demás llegaran. Va a llover, pensó Hans, y un suspiro muy propio de Sophie (bien colocado, largo, con cierta alevosía irónica) acompañó su observación" (437). Sin poderse hablar ni mirar Hans y Sophie se comunican en un lenguaje silencioso, siendo ya tan íntimos uno con el otro, que un mero suspiro contiene un mundo de

información. Hans suele hablar por ella en los debates, a lo mejor esta tarde ella suspira por él, por la melancolía de los dos ante la dificultad de la situación en la que están.

Durante el último *Salon* en el que a Hans le es permitido participar están hablando de la boda de Sophie que se celebrará en dos meses, seguida por una luna de miel en París. "Hans intentó cazar los ojos de Sophie en el espejo. Ella los desvió manteniendo una sonrisa vacía" (459). Mirar en los ojos de alguien que le entiende, alguien que sabe cómo uno sufre, puede ser el mayor consuelo de todos, pero si uno se esfuerza para no sentir ese dolor, o para no expresarlo, esa mirada comprensiva puede llegar a ser insoportable. Intuyendo lo que Hans intenta comunicarle con los ojos, Sophie no lo puede mirar.

4.1.3 Amantes

Después de unas semanas de *Salón*, Hans y Sophie se han citado para verse a solas en la posada. El encuentro es introducido de manera que refleja la grandeza del momento. "Si las puertas tuvieran voz, se diría que esa tarde la suya no habló igual, no le gritó lo mismo, cuando Hans acudió para abrirla. O eso imaginaría después, al despedirse de Sophie" (275).

Al tenerla a Sophie en su habitación por primera vez a Hans le parece que la pieza entera se ve distinta. Torpes intentan hablarse, tartamudeando él le ofrece té, ella mira sus libros. Con ansiosas miradas intentan calmarse, leyendo en los ojos del otro la misma tensión que sienten por dentro. Al besarse "comieron las palabras en la boca del otro. Se palparon rodeando lo que ardía. Más que acariciar, las manos largas de Sophie leían. Sophie notó que Hans se esforzaba en no ser brusco y sintió ternura: a ella no le hacía ninguna falta esa delicadeza." (276) Detalle por detalle el texto describe lo que descubren en el otro al desvestirse. Las imperfecciones respectivas aumentan su deseo mutuo, y al mismo tiempo gracias a ellas, la escena se vuelve más real para los lectores. Leerla es como estar allí, casi da vergüenza de molestarlos, habría que salir por esa puerta ruidosa y dejarlos en paz.

Hans ha esperado tanto para verla así, pero llegado el momento en que se realiza el sueño advierte que es cegado por la emoción. La ve, parte por parte, pero no logra percibirla como un todo. "Así se le nublaban a él los ojos corriendo de los pies a los hombros, de la cadera al pecho, de la sonrisa al pubis, sin terminar de reunir las imágenes en una sola, de encontrar el conjunto. Como un léxico sin sintaxis" (277). Incapaz de ver se acerca y la empieza a tocar y ahora sí logra aprehenderla. Según Benjamin el traductor debe traducir cada parte, no la totalidad, porque esa traducción sería muy limitada. Sin embargo, es más difícil tener que volver a juntar todas las partes, sin poder valerse de una totalidad ya formulada, teniendo que

crearla uno mismo. A Hans le cuesta, se confunde y se pierde y en esa confusión reside una sinceridad profunda. Sophie a su vez lee cada parte del cuerpo de Hans con sus manos. “Lo tuvo y lo soltó y lo rehizo como se aprende a hablar, como se estrena un mapa, como cuando la luz se instala en un espacio.” (277) Este encuentro tan anticipado es la continuación lógica de sus encuentros anteriores. Ahora, a través de sus cuerpos se dicen lo que empezaron a decirse con palabras. El territorio es nuevo y necesita ser descubierto parte por parte, pero el puente que construyeron para llegar hasta aquí es de ambos. Confían en él y se dejan llevar. “Desde el primer temblor común, los dos se dieron cuenta de que sí. De que sí porque sí.” (278)

Después, compartiendo un silencio rítmico “Hans y Sophie tuvieron una poderosa sensación de inminencia. Ambos esperaban callados, convencidos de que otro susurraría la verdad. Alguna clase de verdad.” (278) Pareciera que la verdad está en el silencio mismo, que les habla desde adentro. Hans se siente dividido pero en paz, “como si dos corrientes opuestas tirasen de sus brazos y él pudiera flotar” (278). Interpretando a Benjamin, Trigo dice que los idiomas al encontrarse a través de la traducción se ponen en contacto con el lenguaje puro, un lenguaje sin anclaje temporal que les comunica la verdad: “Se nos muestra entonces la dialéctica entre la historia del lenguaje que se actualiza y el lenguaje de Dios que es ahistórico, que es el lenguaje de la verdad” (2012). Aquí, los amantes al encontrarse a través del acto del amor, también experimentan haber alcanzado una especie de verdad, sienten como si algo les hablara desde adentro. Siguiendo la teoría de Benjamin, los idiomas en su encuentro de traducción advierten lo que venían intentando decir. A lo mejor, lo que Hans y Sophie advierten mutuamente aquí, esperando escucharlo por la boca del otro, es la verdad sobre lo que en realidad venían buscando, y disfrutan haberlo encontrado.

4.1.4 Traductores

Durante los encuentros que siguen Hans y Sophie desarrollan su relación, como amantes y como traductores y crean un lenguaje en común, a través de sus cuerpos y a través de sus numerosas charlas en las que intercambian sus pensamientos más íntimos.

En esas cuatro horas de las que disponían a solas tres veces por semana, Hans y Sophie, pasaban de los libros al catre y del catre a los libros, buscándose en las palabras y leyéndose los cuerpos. Así, sin proponérselo, fueron alcanzando un idioma común, Reescribiendo lo que leían, traduciendo mutuamente. Cuánto más trabajaban juntos más se daban cuenta de lo parecidos que eran el amor y la traducción, entender a una persona y trasladar un texto,

volver a decir un poema en una lengua distinta y ponerle palabras a lo que sentía el otro. (301)

Hans y Sophie saben que nunca van a lograr una transparencia, ni como amantes ni como traductores. Entre ellos y entre las lenguas hay filtros de diferencias culturales, políticas, sexuales que imponen obstáculos y crean malinterpretaciones. Sin embargo, buscándose, buscando la palabra correcta, considerando las diferencias, agrandan el puente entre ellos mismos y entre las lenguas. Quizás sea imposible lograr la perfección pero al camino que intenta a ella se vuelve cada vez más ancha, incluyendo más posibilidades de entenderse.

Sophie descubrió que al hacer el amor con Hans tenía unas sensaciones similares a las que experimentaba traduciendo. Creía saber muy bien lo que quería decir, lo que deseaba. Pero después sus certezas empezaban a dispersarse y sólo le quedaban entusiastas, contradictorias intuiciones a las que se entregaba sin pensar en el resultado (301)

Igual a una traductora que piensa saber exactamente qué quiere expresar, pero que se pierde en el texto por dejarse absorber por él, Sophie tiene la sensación de saber exactamente qué quiere. Sin embargo durante el acto lo pierde de vista, y en lugar de eso alcanza algo inesperado. Benjamin ve la traducción como el camino a la experiencia genuina que hemos perdido. Bentolila se pregunta si esa experiencia no es aquella que tenemos en la traducción fallada, en el momento de perder el control: “¿No es entonces que debemos suspender el juicio y la charla para oír la lengua de las cosas?” (2005). Sophie al perderse en el texto, al dejarse llevar por el acto de amor, suelta su control sobre la interpretación y sobre su cuerpo, y es así que logra recibir lo que el texto y su cuerpo le pueden ofrecer.

Hans y Sophie mezclan los dos actos, llenando a uno con el entusiasmo del otro. Una tarde comparan la literatura de los países poderosos con la de los países pequeños. “Completamente de acuerdo, contestó Hans hurgando entre las nalgas de Sophie, y además los países pequeños tienen mucho que enseñarles a las potencias: suelen ser más abiertos y curiosos, o sea más sabios. ¡Tú sí que eres curioso!, suspiró Sophie dejando entrar los dedos de Hans y reclinándose. Eso sería, sonrió Hans, porque tú estás abierta y eres sabia.” (302) Con el tiempo desarrollan un método de trabajo. Sophie es quien recita los pasajes elegidos. En un comienzo a Hans lo distrae su voz, que le provoca una excitación que le sorprende, sin embargo “poco a poco empezó a disfrutar de esa ansiedad que lo llevaba desde una lengua extraña hasta el cuerpo de su amada.” (304) Ambos disfrutaban de la creciente tensión y descubren que ésta afila su inteligencia y crea las mejores ideas. El amor crea la necesidad de

acortar la distancia entre dos personas. Al hacer el amor Sophie y Hans se encuentran físicamente y al buscar palabras juntos también se encuentran, disminuyendo la distancia entre sus bocas.

Una tarde es Sophie quien toma todas las iniciativas, Hans se deja hacer. Ella lo descubre despacito con dedos y lengua siempre atenta a sus reacciones, mirándolo a veces para ver si asiente con el próximo paso, traduciendo sus movimientos, sus contracciones y su respiración. Después, al sentarse encima de él Sophie “tuvo la impresión que era ella quien lo penetraba a él con su propio miembro. El miembro de Hans ya no era suyo ni tampoco de ella, era un intermediario.” (324) Con los movimientos coordinados, con dos cuerpos actuando con un mismo fin, la comunicación es tan directa que pierden de vista dónde termina uno y dónde empieza el otro. Terminado el acto, Sophie se lava, se viste, se retoca el maquillaje y se arregla el pelo. “Al final de todas aquellas veloces artesanías, Sophie se volvió y Hans la estudió intrigado: en tan sólo diez minutos, había vuelto a ser la señorita Gottlieb” (325). Haciendo el amor se sacaron las máscaras, ahora ella volvió a ponerse la suya. Interpretando a Benjamin, Bentolila dice que es a través de la traducción que “las lenguas entran en contacto entre sí y ponen de manifiesto su más íntima relación”. (2005) En esta escena Hans y Sophie acaban de experimentar una intimidad total, pero la sensación creada por este encuentro es temporaria. Según Benjamin también la traducción es un acto preliminar que indica “el ámbito predestinado e inaccesible donde se realiza la reconciliación y la perfección de las lenguas” (s/n). La traducción, igual que el amor, abre una puerta y posibilita un encuentro, pero este encuentro no dura a lo largo del tiempo.

Al final de la novela, sabiendo que pronto se tendrán que separar, la relación es muy tensa. Sophie se pregunta si no fuera más fácil todo si vivieran en otro tiempo, pero Hans lo duda: “Sophie mi vida, vendrán otros tiempos. Y no serán *tan* distintos” (391). Hasta el final el deseo sexual sigue igual de fuerte. Sophie ha confesado en una carta cuánto lo quiere a Hans y cuánto miedo le da saber que pronto se va a ir. Invierte la fuerza entera de sus miedos y su amor en el acto sexual y Hans recibe su mensaje a través del cuerpo:

Más que hacer el amor, aplastaba uvas. Cada vez que su cadera impactaba sobre el vientre de Hans, ella se propulsaba y ascendía más alto para percutir más fuerte. Debajo de la tormenta, entre abrumado y conmovido, Hans apenas podía reaccionar ante la corriente que lo arrastraba a algún lugar más allá de los dos, fuera de allí, dentro de él. (469)

Momentáneamente, el placer los lleva a un lugar donde nada importa menos la unión de sus cuerpos. Un lugar de comprensión total. De cierto modo, haciendo el amor vuelven atrás, reestableciendo lo que perdieron.

4.1.5 La despedida

En su última tarde en Wandernburgo Hans se cita con Sophie en un café. "Hans hablaba con lentitud pero ella notó que la voz se le ahogaba, como si se apretase la nariz. La apariencia de Sophie era serena salvo por su colgante de coral, que él veía agitarse por encima del escote. Hans se peinaba de más. Ella palpaba la taza, el plato, la cuchara." (522) En este último encuentro ambos recuperan los hábitos que tenían inicialmente, antes de ser amantes. Hans con su pelo, ella con sus manos. Sin embargo, ya se conocen y saben leerse la voz y penetrar esa fingida tranquilidad superficial. Hans quiere decirle tantas cosas, quiere besarla ante todo el mundo, "volcar espectacularmente la mesita de mármol y arrancarle la ropa". Se queda inmóvil y ella se va. Hans la sigue, la toma del brazo y le balbucea sus explicaciones. "Shh, contestó ella anudándose el chal, está bien así. Está bien para los dos. Y ha valido la pena. Para mí, dijo Hans, fuiste como un milagro. Cállate, dijo Sophie, besándose un dedo índice. Los milagros no existen. Tú también." (523) Siguen abrigándose en silencio, como si sus prendas fueran armaduras que se habían quitado pero que ahora tienen que recuperar. Combatieron una batalla juntos, pero ya les toca luchar a cada uno por su cuenta. Hans empieza a llorar y Sophie duda de si está haciendo lo mejor, sabiendo que sí. Antes de irse intercambian un "gracias".

La despedida de los amantes está cargada de tristeza y es descripta como algo tan inevitable como su amor. Después de la despedida, ambos dejan la ciudad, cada uno por su cuenta. En cuanto a Sophie, no sabemos si ella deja Wandernburgo a causa de Hans, a pesar de no ir con él. Hans ha mandado unas traducciones hechas por Sophie a una revista para que le contraten como traductora. Ella primero se niega en aceptar esta nueva vida, pero no sabemos si una vez cancelada su boda Sophie cambia de opinión, si deja la ciudad para ser traductora profesional. A lo mejor, debemos interpretar el amor de Hans como una especie de fuerza liberadora que logró revelarle a Sophie su verdadero ser, que hablándola y haciéndole hablar la ayudó quitarse la máscara. Interpretando a Benjamin, Trigo dice que "la traducción es apertura de ser" (2012) Si la traducción es una metáfora del amor, aquí es el amor de Hans que le ofrece nuevas maneras de ser a Sophie, tanto durante su relación como después.

4.2 Las cartas

Paralelamente con sus encuentros en el Salón y más tarde con sus sesiones de trabajo, Hans y Sophie se comunican por carta. Las cartas aportan otra dimensión a la relación y la profundizan. Comentan las tertulias y desarrollan las ideas que fueron expresadas en ellas. El tono inicial cortés se desarrolla al flirteo y después al cariño. El amor entre los dos es reflejado en parte por la confianza y amistad que se sienten y en parte por el contenido sensual que está siempre presente, de modo más o menos explícito.

4.2.1 Primera carta

Hans recibe la primera carta de Sophie, escrito en un papel fino de color violeta. Examina e interpreta cada detalle de la carta, leyendo en ella un mensaje que va más allá de lo escrito. Traduce el color gris anaranjado de la tipografía como la elección de alguien que quiera mezclar “seriedad y una pizca de coquetería” y en la caligrafía resuelta y un tanto desparramada de Sophie cree notar su “pulso felino”, no esperado en una señorita (112). En su carta Sophie lo invita a tomar el té en su casa al día siguiente y le pide que confirme al correr del día. Escribe que entiende si declina, ya que a los hombres que leen mucho no les suelen interesar las reuniones sociales. Con esta frase, Sophie se defiende de antemano contra un posible rechazo, y con este mismo gesto revela también su deseo de que él venga. En fingir indiferencia logra lo contrario.

Hans percibió en la distante y algo apresurada despedida una omisión, la sutil omisión de una palabra por lo general rutinaria, y pensó él, en este caso extraordinariamente significativa: la palabra *suya*. Si Sophie no se había despedido con la fórmula de rigor *suya afectísima*, en esa pudorosa ausencia del posesivo latía un temor sensual que no podría ser inocente. ¿O sí? ¿O no? ¿Estaba desvariando? ¿Estaba haciendo el ridículo de puro susceptible? ¿Exageraba al traducir? (113)

Hans vuelve a leer esta primera carta muchas veces, absorbiendo cada palabra, cada matiz, como si fueran aromas o líquidos que se podían consumir. Se llena con las palabras de Sophie y las pesa, las evalúa, las traduce. Recibe y contempla sus críticas, consciente de que “aludían a él tan certeramente como autoretrataban a su propia autora” (114) y goza de la complicidad seductora que emana del papel violeta. Hans percibe no sólo lo que está escrito sino también lo que Sophie comunica entre líneas y así logra traducir lo más esencial, ya que “una versión interlineal del texto es el ideal al que debe aspirar cada traductor” (Benjamin s/n).

4.2.2 Conociéndose

Hans y Sophie ya llevan semanas viéndose en el *Salón* y en la casa de ella tomando el té y Hans ha conocido al prometido de Sophie. No se han visto a solas ni nunca se han tocado. Se tratan de usted, mirándose de tú a los ojos, y entre los dos hay una tensión cada vez mayor.

Cada carta refleja a la que contesta, son como espejos una de la otra. Al usar la misma palabra que el otro, poniéndola en otro contexto, el que contesta se apodera del mensaje recibido, lo tiñe con su esencia y manda su propio mensaje. Así se establece una comunicación, una relación entre los dos, como si estas palabras compartidas (ya cargadas de dos significados personales) crearan un puente entre dos puntos, entre él y ella. Ninguno de los dos puede estar seguro de qué siente el otro y además su relación está naciendo ante la presencia de su propio obstáculo: ella pertenece a otro. Cabe preguntarse si es la imposibilidad de la relación que crea la necesidad de expresarse implícitamente, y por lo tanto la necesidad de traducirse, o si es inherente al amor, desde el primer paso, desde la primera mirada, esta especie de traducción mutua, esta búsqueda de un lenguaje en común.

En una carta Sophie le manda un poema que, según ella, habla a las mujeres que leen y sueñan con otra vida. Hans en seguida se pregunta si con eso le está queriendo contar que no se quiere casar con su prometido, que la vida que le espera no es la que desea. Si le está comunicando una posibilidad. Cada trozo de la carta, es leído y releído por Hans. Reacciona, relee, reinterpreta y reacciona de otra manera, siempre dudando de su primera impresión. Nunca están explícitas las cosas, aunque así lo pareciera a primera vista. Sophie puede confeccionar una frase muy clara, pero Hans, al darla vuelta, al pensar ¿por qué eligió justamente esa palabra y no otra?, todo lo traduce y todo lo absorbe. En las cartas anteriores Sophie ha firmado con una sola letra, *S*, sin embargo en esta carta firma *Sophie*. Hans se pregunta qué significará: “el nombre está completo. O sea, ¿no es como si me lo entregase? Como si me dijera: soy tuya por entero. Soy Sophie, soy ¡por favor, qué estupidez! Voy a darme un baño” (153). Al mismo tiempo que Hans goza plenamente de las reacciones que las palabras de Sophie le provocan, no se atreve a confiar en su certeza.

En la novela no se revela qué piensa Hans del poema mandado por Sophie, pero ella deja claro en su carta el significado que tiene este poema para ella y es de allí que hay que partir para preguntarse qué le quiere decir a Hans con esto. Sophie es retratada como una joven cuya belleza solo se excede por su inteligencia, sin embargo en la sociedad donde vive no se festeja esta segunda característica suya, más bien es vista como un problema. Sophie juega bien su papel de mujer bonita y bien educada, pero no está del todo cómoda dentro de él. Protesta a

través de la lectura y de la escritura. En Hans encuentra a un cómplice, un hombre que en vez de molestarse o asustarse por su inteligencia, es atraído por ella. Sophie sabe el poder de atracción que ella tiene para Hans dada su belleza, pero este poder lo tiene en cuanto a todos los hombres. Sin embargo, el hecho de que él comparta sus opiniones políticas le da a Hans una posición especial. Luchar sola es duro, al revelar a Hans su lucha y su fastidio, Sophie se siente menos sola. Sabe que Hans la comprende, no se burlará de su lucha, ni la juzgará, a él le puede mostrar sus dos caras. A lo mejor, la atrevida traducción de Hans, de que ella en esta carta se ofrece por entero, no es tan lejana a la verdad, quizás es exactamente lo que hace Sophie. Le habla como una mujer seduciendo a un hombre, pero también le habla como a un igual, de asuntos políticos, espirituales e intelectuales. Se ofrece entera, en cuerpo y alma.

En sus cartas Hans y Sophie expresan, cada uno por su cuenta, las impresiones y los sentimientos que sus encuentros provocan en ellos. Comunicándose tanto a través de la literatura como directamente, en forma de confesiones personales, los enamorados logran establecer una intimidad que necesita ser expresada en la práctica.

4.2.3 Amándose

A esta altura ya está establecida la relación amorosa entre los dos. Se han besado por primera vez y han expresado sus emociones, aunque siguen un tiempo más en esa anticipación temblorosa que se crea entre dos enamorados antes de hacer el amor por primera vez.

Hans le escribe a Sophie una bellísima carta de amor, que es una expresión de la euforia del amor y al mismo tiempo un testimonio de su supuesta incapacidad de expresar la alegría que la carta de Sophie, y ella misma, han provocado en él. ¿Son traducibles, las emociones fuertes? ¿Son suficientes las palabras escritas para captarlas? En esta carta Hans dice que no, que “pensándolo bien, tu carta sólo podría contestarse con música” (272). Sin embargo, a través de sus líneas sinceras y eufóricas Hans logra incluir a Sophie en su experiencia íntima. Al describir cómo Sophie lo hace sentirse, compartiendo sus pensamientos y emociones, le devuelve la alegría que ella le dio. Su carta es una traducción de la de ella, porque usa otras palabras para provocar la misma reacción en su lectora que hizo la carta original en su lector.

En la respuesta de Sophie se refleja el mismo anhelo para verse, para profundizar la relación. Con los pies ya en tierra sólida, no por la naturaleza de la relación (que sigue prohibida, desarrollándose a escondidas) sino por la seguridad que les da saber que el otro siente lo mismo, Hans y Sophie ya no necesitan traducirse. En este momento de la relación

van de la mano por un mismo camino y por lo tanto es como si hablaran el mismo idioma. Las cartas son directas, las respuestas no sorprenden sino que confirman.

En su carta Sophie le pregunta: “¿De dónde sale la belleza?” Hans le responde que de la fugacidad y la alegría. “La belleza sale del temblor del puente que comunica las cosquillas con la verdad. Cuando tiembla ese puente, es señal de que algo importante está cruzándolo” (274). Escribe que le oye los pasos, que el puente tiembla. Hans podría haber contestado de modo que atribuía la belleza a Sophie. Hubiera sido más esperado, más en línea de flirteo, pero Hans advertía en esa pregunta un tanto tímida de ella algo más que coquetería. Detecta en la pregunta de Sophie una mano extendida, como si ella quisiera asegurarse, una vez por todas, de haber encontrado en él a un hombre que la ama por ella, no solo por su aspecto. Al responder de modo tan filosófico y poético, Hans logra decirle a Sophie que es única y especial y a través de su metáfora atribuye la belleza no a lo físico, lo cual pudiera haberle causado decepción a Sophie, sino al amor mismo, a la experiencia compartida por los dos.

Ya son amantes, y tres veces por semana se encuentran en la habitación de Hans, en la posada, para traducir juntos. Hasta ahora, Hans ha sido el poeta, siempre llenando sus cartas con descripciones apasionadas, mientras que las cartas de Sophie han sido más discretas y controladas. Sin embargo, ahora es Sophie quien pinta imágenes con su texto e invierte su pasión en cada palabra, expresando la euforia de su amor: “Amor, travieso amor: cuánto más breve es el tiempo más me parece hundirme en las cosas, como si la profundidad de la huella dependiera de la velocidad del pie” (367). Pareciera ser que la diferencia que hasta aquí se ha notado entre los dos en cuanto a cómo expresarse, no viniera de carácter, sino que las limitaciones de Sophie fueran un resultado de la situación. Cuando Sophie escribe esta carta se acaba de despedir de su prometido y sabe que está ante un verano con Hans. Se siente libre y esa libertad se nota en sus palabras, que fluyen como ríos alegres pintando imágenes tan poderosas como las de su amante, filosofando sobre el amor, sobre el presente y el futuro, en un tono equivalente al suyo. En su respuesta Hans sigue desarrollando la metáfora de la huella que Sophie le entregó. La traduce a Sophie, interpreta y reformula sus dichos modificándolos desde su perspectiva y le manda de vuelta la misma metáfora, pero más completa. Hans dice que conoce la sensación de hundirse en las cosas y le propone que la huella que uno deja tiene consecuencias en el mismo pie que la dejó. “Uno se hunde en las cosas, pero después las cosas se hunden en uno. Y estos días, Sophie, lo sé muy bien, vayamos adónde vayamos, se han hundido en nosotros y eso ya no se elige” (368). Es como si la euforia de Sophie le obliga a Hans ser realista, a no solo alegrarse por el verano que tienen ante sí, sino también divisar el

horizonte al final del mismo. “Yo tampoco sé cuánto tiempo durará todo, pero ahora no me importa. Hoy es así, estamos de acuerdo, y contigo siempre es hoy” (368).

Según Benjamin los seres humanos perdimos la capacidad de tener experiencias y estamos condenados a “experimentar repetidamente una misma cosa sin que lo que se experimenta deje ninguna huella” (Bentolila 2005:2). Es decir, hablamos sin sentir las palabras que hablamos. Sin embargo, la traducción ofrece una oportunidad de recuperar la capacidad de experimentar, sensibiliza al lector ante el texto. Hans y Sophie advierten en estas cartas como el amor, o la fugacidad del mismo, los ha vuelto más sensibles, más presentes. Ven cómo el amor y los actos que éste inspira en ambos deja huellas significativas en ellos, a pesar de (o debido a) su naturaleza breve. Así como la traducción lo vuelve más atento al lector, el amor los vuelve más atentos a los amantes.

Avanza el verano, Sophie logra posponer su boda sin llamar demasiado la atención y la relación de amor entre Hans y Sophie se profundiza cada vez más. Amándose, traduciéndose, han logrado crear un lenguaje en común y una comunicación muy directa sobre quiénes son y sobre la naturaleza de su relación. Sophie le escribe que “lo que tú tomas de mí ya me lo diste antes, y cuándo vuelve a tus manos es porque entre nosotros todo tiene un poder de ida y vuelta, un efecto de eco. Al pensar en ti, al darme, siento que me dirijo a mi propio encuentro, y eso me hace más fuerte y me da paz” (381). “Sophie, delicia [le responde Hans] has dado con una idea maravillosa: lo que tomas de mí ya me lo diste” (382). Según Benjamin, también entre las lenguas se debe crear este efecto de eco en una traducción. Como explica Bentolila, el traductor debe “*atender* al eco del original en la lengua que se traduce” (2005:3). Es decir, una traducción debe reflejar tanto al original como al traductor, y mediante el proceso de traducción, a ambos se les da la oportunidad de escuchar el eco del lenguaje puro olvidado.

4.2.4 Despidiéndose

Hans y Sophie ya no se pueden ver. Sophie es vigilada por su padre día y noche y no le está permitido salir hasta la boda. Lo único que les queda son las cartas que se siguen mandando, como una forma de protesta, llenándolas con todo lo que quisieran decirse y hacerse.

Hans y Sophie no se limitan a confesarse sus emociones. “También hacían el amor por escrito. Y lo hacían tan literalmente como podían. Algunas mañanas Hans se despertaba con una nota violeta que decía solo: *Te lamo la punta. Abres los ojos. O: Acabo de sentarme encima de ti. Buenos días.* Medio dormido él contestaba: *Tienes tres dedos dentro. Abro la mano*” (508). Su relación está pasando por un período inseguro y decisivo, sin embargo no

hay inseguridad en cuanto al amor que se sienten y tampoco se trata de un conflicto creado por ellos. Las dificultades se les imponen desde afuera colocándolos a los dos en un mismo lugar, sufriendo de modo parecido. Dado esto, sus cartas son espejos una de la otra, escritas en un mismo tono, en el lenguaje de ellos. No necesitan traducirse.

Después de un breve encuentro en la calle, cuando Hans le pide que vaya con él y ella declina, Sophie le escribe: “Qué raras las despedidas. Tienen algo helador, como de muerte, y sin embargo despiertan la fuerza desesperada de la vida. Quizá las despedidas fundan un territorio, o nos devuelven al único territorio que de verdad nos pertenece, la soledad” (516). Antes de conocerlo, Sophie debía de sentirse sola, por no poder compartir sus pensamientos con nadie. En Hans encontró a un cómplice que la ve tal como es. Obligada a prescindir de su compañía se encuentra otra vez forzada a llevar una identidad parcial, está de nuevo sola. Para Hans las despedidas son parte de la vida: “Creo que, en buena medida, vivir consiste en eso: en darles a las cosas la bienvenida que merecen, y en despedirlas con la debida gratitud” (517). Sophie lee la nostalgia en la carta de Hans, pero cree que será ella quien más sufrirá la despedida. “Creo que la quietud es el alimento del recuerdo [le escribe]. La nostalgia cae del lado de los que nos quedamos” (517). En su carta Hans admite que él viaja para huir de la nostalgia. Hans está por huir, sin embargo no le esconde el hecho de que una parte de él quisiera quedarse, por amor a ella. En su carta se pregunta “¿Cómo estará tu piel? ¿A qué olerá hoy? ¿De qué color serán tus medias?” (518). Gracias a estas preguntas, Sophie todavía encuentra a su amante en esta carta del viajero, que la está por dejar.

5. Conclusión

5.1 La traducción como un tema central

El viajero del siglo es una historia de amor, y por lo tanto el amor es, indiscutiblemente, un tema central. En esta tesina se argumenta que también lo es la traducción. A lo largo de la novela, en las cartas, en las tertulias y en sus encuentros sexuales Hans y Sophie llevan a cabo una infinidad de pequeñas traducciones interpretándose mutuamente. A través de estas traducciones desarrollan un lenguaje en común en el que no solo conocen mejor al otro, también se expresan a ellos mismos, leyéndose en el otro.

La traducción que Hans y Sophie hacen uno del otro durante las tertulias es una de miradas, gestos, sonrisas y argumentos. Hans repara en los movimientos de la falda de Sophie, le fascinan sus manos y sus labios. Interpreta sus movimientos como signo de que se aleja o se acerca a él, y esta movilidad de Sophie lo atrapa y le encanta. A su vez, Sophie observa la postura de Hans, en el debate y en persona. Goza y huye de sus miradas, traduciendo sus comentarios y su intensidad llegando a la doble conclusión de que él además de desearla la entiende. Al correr de las tardes, las traducciones entre Hans y Sophie se vuelven cada vez más sensuales. Una vez que son amantes “en la práctica” siguen traduciéndose, pero ya con más certeza, confirmando su conocimiento sobre el otro más que buscándolo. Traduciéndose mutuamente Hans y Sophie logran desarrollar un lenguaje en común. Por un lado se hablan en silencio, interpretándose los gestos y las miradas. Por otro lado, comparten un lenguaje en el debate. Este lenguaje intelectual es también de los dos, en parte porque comparten opiniones y en parte porque Hans, como hombre y más libre, puede hablar por ella. Expresando la opinión de ambos él dice lo que Sophie no puede expresar, dado su sexo y su posición social.

Cuando se ven a solas Hans y Sophie tienen acceso a otro recurso más: el cuerpo. El deseo sexual da fuerza y sensibilidad al trabajo intelectual, a la vez que la poesía y la búsqueda de las palabras correctas en las lenguas distintas aumenta su deseo mutuo. Actúan la poesía con sus cuerpos y concretizan su deseo con palabras. Traduciéndose alcanzan un idioma en común y se llegan a conocer tanto intelectual como sexualmente. Su relación está, desde un comienzo, marcada por su propio fin. Acercándose este fin, los amantes advierten cómo la distancia entre ellos crece, cómo no logran comunicarse o poner se acuerdo. El lenguaje hablado deja de funcionar cuando la relación es amenazada desde fuera. A veces no pueden decirse las cosas o se las dicen, pero aun así no logran eliminar la distancia entre los dos. Sin embargo, haciendo el amor sí logran traducirse y mediante el sexo acceden a un lenguaje que

funciona a pesar de todo. Allí crean un espacio donde pueden ser sinceros y encontrarse sin máscaras. Hasta el final, sus cuerpos se entienden y se alcanzan.

En cuanto a las cartas que se escriben éstas se pueden ver como traducciones una de la otra, porque en ellas, los amantes se turnan usando las palabras del otro en un contexto nuevo, reformulando o desarrollando pensamientos que el otro ya ha expresado, agregando sus propias ideas. Las cartas los acercan uno al otro y profundizan su relación, permitiendo a cada amante expresar su visión individual del amor, y al mismo tiempo refuerzan el amor compartido, permitiéndoles reconocerse en el otro. En un comienzo escriben cada uno en su estilo, pero con el tiempo sus cartas se parecen más, en tono y en intensidad. Se podría decir que también en las cartas desarrollan una especie de lenguaje en común.

Basándose en la novela se puede, sin duda, ver el amor como pequeños actos de traducción, sin embargo, cabe preguntarse si es solamente al otro que traducen o también a ellos mismos. Hans ve el amor como un viaje, como puro movimiento. A Sophie la percibe como una persona en movimiento constante. Le fascina cómo gesticula con su abanico y cómo sus dedos inquietos leen cada objeto y le encantan sus movimientos seguros y atrevidos en el baile y en la cama. La considera su viaje, es decir, Hans ha encontrado en Sophie su idea del amor, manifestada en una mujer concreta. Sophie a su vez sufre las limitaciones del papel de mujer que le toca vivir. Goza de la atención que le rinde su belleza y sabe que en ella reside su poder. Sin embargo, a su inteligencia Sophie la tiene que disfrazar para no ofender al entorno y en ese aspecto carece de poder. Sophie no lleva una vida completa porque no puede disfrutar plenamente de su talento ni hablar sinceramente sobre sus ideas. Busca un amor que le aporte certezas y que la complete como mujer. En Hans encuentra a un hombre que aprecia sus dos lados y con cuya ayuda puede combinarlos y emprender la búsqueda de ella misma.

La necesidad de interpretar al otro, es inherente al amor, pero entre Hans y Sophie hay también momentos cuando no necesitan traducirse, cuando no se *interpretan* sino se *confirman*. Sin embargo, cuando surge algún cambio, positivo o negativo, inmediatamente vuelven a traducirse, vuelven a la inseguridad sobre cuál camino es el mejor para alcanzar al otro. En la teoría de Benjamin el valor de cada traducción es temporal. “La traducción es tan sólo un modo provisional de confrontarse con la extrañeza de las lenguas” (“Atlas Walter Benjamin”). Las traducciones que Hans y Sophie se hacen, son también temporarias y ante cualquier cambio la comprensión puede ser substituida por la extrañeza mutua.

5.2 La traducción como una metáfora del amor

En esta tesina se ha intentado averiguar en qué sentido se pueden ver la traducción y el amor como metáforas una del otro, partiendo de *El viajero del siglo*. Este parentesco entre las dos actividades es advertido por los amantes después de haber iniciado su relación amorosa. Hans habla de esta idea en las tertulias (dudando él mismo de si habla de la traducción o el amor) y ambos amantes viven las semejanzas y los efectos mutuos que tiene su amor en sus traducciones literales, y vice versa.

La visión de la traducción expresada en las tertulias encaja con las teorías de Benjamin y sirve además para describir la naturaleza del amor. También el amor es una cosa imprescindible en nuestras vidas, y su perfección una imposibilidad. Dos amantes deben respetar tanto al otro como a ellos mismos, para que la relación amorosa refleje a ambos, ofreciéndoles un lugar en el que pueden amar y ser amados sin tener que fingir o limitarse demasiado. Lograr este equilibrio entre deseos y voluntades que a veces se contraponen se puede, realmente, considerar una especie de arte. Si el amor es un acto de traducción, la relación entre los amantes, por su extensión en el tiempo, son varios actos de traducción, en los cuales los amantes no siempre pueden valerse de lo que les servía en una traducción anterior.

Por más que se haya argumentado que no es posible traducir un texto de un idioma a otro, se sigue haciendo, de modo más y menos exitoso. La imposibilidad de la traducción perfecta reside en las diferencias, a veces insuperables, que existen entre las lenguas. Interpretando la traducción como una metáfora del amor se puede valer del mismo argumento. Por imposible que sea lograr el amor perfecto los seres humanos lo seguimos intentando y en nuestro esfuerzo de entender al otro tenemos que superar las diferencias que nos separan. En la novela, el autor retrata a la relación entre los amantes como un puente que se está construyendo. Cuando la relación está por iniciarse y al final cuando está por quebrarse describe cómo el puente “tiembla”. La metáfora del puente se puede, fácilmente, aplicar tanto al amor como a la traducción. Traducir es construir un puente entre dos idiomas. Y, ¿qué es una relación amorosa sino un puente en que se encuentran dos amantes? Un puente que logran construir si se buscan en sus semejanzas y superan sus diferencias.

Si el amante ideal se puede describir en términos del traductor ideal, Hans y Sophie cumplen los requisitos, porque adaptan una actitud abierta, se observan atentamente y respetan lo más esencial del otro. Cuando Sophie recita poesía Hans la contempla llegando a una conclusión acertada sobre sus inclinaciones sexuales. Mirándola abiertamente logra ver cómo es. Más tarde, en un encuentro a solas, es Sophie quien lee atentamente a Hans durante

el acto sexual, observando cada detalle y dejándose guiar por sus reacciones. Al final de la novela, Hans acepta la separación inevitable, pero le ofrece a Sophie la posibilidad de una vida como traductora, sin incluirse a él mismo en esa vida. Gracias a Hans, Sophie descubrió su talento, pero él no se apodera ni de ella, ni del sueño, sino que respeta su independencia.

El amor entre los dos se describe como inevitable, desde un inicio ambos son sumamente receptivos hacia el otro, aunque Sophie finge no serlo. ¿Esto se debe a que se reconocen uno en el otro? Según Benjamin, el parentesco entre lenguas no se debe a una historia compartida sino al hecho de que “cada una, en su conjunto, se refiere a lo mismo, lo cual no está al alcance de ninguna, sino sólo de la totalidad de sus intenciones que son complementarias entre sí” (“Atlas Walter Benjamin”). Si las lenguas se interpretan como metáforas de dos amantes, éstos se reconocen en el otro por compartir un sueño, no por haber convivido o por ser similares, y entonces es únicamente juntos, a través del amor, que pueden realizar este sueño. En el caso de Hans y Sophie, ellos comparten (además del deseo físico mutuo) el sueño de otro mundo. Amándose alcanzan a satisfacer su deseo y construir un mundo temporario donde este sueño se realiza. Castañeda Hernández sugiere que es por combinar dos actos, la traducción literaria con el acto sexual, que los protagonistas logran construir este mundo y argumenta que Neuman en representar lo erótico como poético y al revés, refleja una realidad intermedia, una realidad que es alcanzada por Hans y Sophie cuando comparten tanto sus ideas como sus sensaciones con el otro: “Erotismo y literatura forjan un mundo que se evade de lo cotidiano y en esta evasión envuelven al amante y la amada, y al autor y su lector.” (Castañeda Hernández 2011:59) Hans y Sophie se escapan juntos

Para Hans y Sophie, tanto la lengua hablada como la escrita fallan de conectarlos al final. Sin embargo, experimentándose a través de sus cuerpos logran un encuentro sincero que sobrepasa las diferencias y logra comunicarles lo más esencial: su amor. Según Benjamin la traducción abre el camino hacia el lenguaje puro perdido. ¿Qué camino se abre cuando dos amantes se aman? ¿Cuál es la verdad que el amor revela? En el caso de la traducción la verdad reside en el lenguaje puro y la traducción es la práctica que lo transmite. En el amor mismo ya reside la verdad que comunica. La práctica del amor lleva al amor.

En la crítica de la novela muchas veces se interpreta la relación entre Hans y Sophie como un homenaje al amor, es decir al amor que es libre en su esencia, que surge espontáneamente, sin tomar en consideración la sociedad. El autor de la novela apoya, además, la idea de la traducción libre. Sin son metáforas, entonces la descripción del amor entre Hans y Sophie vale tanto para retratar la naturaleza del amor, como la de la traducción. En ninguno de los

casos se trata de cambiar el contenido para mejorarlo. Por el contrario, el ideal es una traducción más personal, donde el traductor parte de un respeto por la naturaleza del texto y un deseo sincero de conocerlo profundamente y se deja absorber por él. Siguiendo esta idea la mejor traducción de un texto no es necesariamente una traducción literal e imitadora, sino una que transmite el contenido en su esencia, a través de una interpretación sumamente personal. Viendo al amante como un traductor, se podría decir que el amante ideal se empeña en entender al otro, pero no se pierde a sí mismo, sino que refleja en sus respuestas tanto su propia naturaleza como la del otro.

5.3 ¿Cómo traducir esto?

Habiendo establecido que la traducción es un tema central en *El viajero del siglo* y que ésta, tal como es retratada aquí, se puede ver como una metáfora del amor, cabe preguntarse qué significado tiene esto para el entendimiento de la novela en su totalidad.

Una consecuencia de la idea del amor y la traducción como metáforas uno de la otra, es que nos hace entender la importancia del deseo en todo lo que hacemos. Indudablemente, al leer y al enamorarnos interpretamos y traducimos constantemente, pero esas traducciones no tendrán mucho valor si no invertimos nuestra pasión en ellas, o mejor dicho, si no nos atrae traducirlas. Según Neuman hay que desear un texto para poder traducirlo bien, pero también se podría argumentar lo opuesto: que un traductor debe mantener cierta neutralidad ante el texto en cuestión. Aplicando este pensamiento al amor cabe preguntarse si es que nos ciega el amor o si nos muestra las cosas como son. Quizás el deseo, en vez de confundirnos, nos abra los ojos. Quizás esa necesidad que el amor crea en nosotros de conocer y de compartir, nos aclare el cielo, en vez de llenarlo con nubes rosas. Siguiendo esta idea, el deseo de Neuman a conocer el pasado sería lo que le permite transmitirlo en su esencia.

En su novela Neuman presenta escenarios y personajes sacados del siglo diecinueve de modo que da vida a ese mundo y nos ayuda a reconocernos en él. Con su relato logra darnos a los lectores la sensación de estar allí. Esto se nota más que todo en las escenas sexuales entre Hans y Sophie. Siempre de modo repentino el autor nos echa en medio del acto y casi logra que los lectores sintamos vergüenza de observar algo tan íntimo. No porque la descripción del sexo sea fea o sucia, al contrario son descripciones bellas en toda su intensidad, sino porque el texto logra pintar una imagen tan real que nos olvidamos de que se trata de literatura. Al aportar color e intensidad Neuman disminuye la distancia entre los lectores de hoy y la época reflejada, haciendo una especie de traducción amorosa del pasado.

Con “amorosa” no se quiere decir que la novela sea necesariamente un reflejo respetuoso de la época. De una manera, su traducción es *irrespetuosa*, porque al hacer vivir lo retratado también lo mancha un poco. Los protagonistas son creíbles y “vivos” en gran medida gracias a que Neuman no los describe como perfectos. Según Castañeda Hernández, el autor en describir las imperfecciones de sus cuerpos “transgrede los códigos literarios tradicionales de las historias de amor” y que por eso Hans y Sophie se vuelven más reales que literarios, y parecen “profundamente humanos” (Castañeda Hernández 2011:57). En cuanto a su amor, este también se vuelve creíble por su imperfección. El amor entre Hans y Sophie nos capta por su fuerza y su belleza. Entra en la vida de los protagonistas como una apisonadora y los cambia para siempre, desafiando el orden de toda una ciudad. Sin embargo, al final este gran amor termina en separación. No dura y no logra cambiar al mundo y justamente por eso logra convencernos a los lectores de su credibilidad. Por no ser perfecto, nos toca más.

Hans y Sophie se enamoran, se aman y se separan, ante un muro de desprecio y resistencia por parte del entorno. Sophie piensa que sería más fácil si vivieran en otro tiempo, pero Hans lo duda. Al no culpar a la época por las dificultades que sufren los amantes, el autor nos hace pensar a los lectores sobre las limitaciones del amor de hoy en día, actualizando la relación. Según Gutierrez Agosto, lo que Neuman comunica con su novela son las semejanzas entre la época retratada y la nuestra, no las diferencias (2010). Otro crítico, Francisco Galán, llega a la conclusión que la novela “es algo así como un puente entre la historia y los debates de periódico y café en el bar” (2009). A lo mejor, a eso se refería Mora cuando dijo que “las novelas históricas recrean, Neuman *problematiza*” (2009).

Se podría decir que, reflejando el pasado en el presente, construyendo un puente entre dos tiempos, Neuman hace una traducción de la época. Una traducción amorosa, posibilitada por la pasión del autor hacia la historia, la poesía, los temas retratados en las tertulias y, por supuesto, debido a su interés por el amor. Leer la novela sin reparar en los pequeños actos de traducción que los protagonistas se hacen, es perderse esos matices que transmiten lo ahistórico de la relación y que, por lo tanto, logran conectar una época remota con la nuestra.

6. Bibliografía

Fuente primaria

Neuman, Andrés (2009) *El viajero del siglo* México D.F: Santillana Ediciones Generales.

Fuentes secundarias

“Atlas Walter Benjamin” Disponible en:

<http://www.circulobellasartes.com/benjamin/termino.php?id=623> (2014-05-16).

Benjamin, Walter (1923). *La tarea del traductor* [Die Aufgabe des Übersetzers]. Barcelona: Edhasa. Disponible en: <http://estafeta-gabrielpulecio.blogspot.se/2010/06/walter-benjamin-la-tarea-del-traductor.html> (2014-05-16).

Bentolila, Héctor R (2005). “De la experiencia y de la traducción. Dos lecturas de lenguaje desde Walter Benjamin”. Disponible en:

http://hum.unne.edu.ar/revistas/postgrado/revista2/6_bentolila.pdf (2014-04-10).

Castañeda Hernández, María del Carmen (2011). “Cortesía, transgresión y erotismo: El viajero del siglo de Andrés Neuman”, *Revista Destiempos*, n° 30, 52–60. Disponible en:

<http://www.destiempos.com/n30/castaneda.pdf> (2014-06-01).

Cuesta, José (2012). “El viajero del siglo, de Andrés Neuman”. Disponible en:

<http://lacuestademoyano.blogspot.se/2012/06/el-viajero-del-siglo-de-andres-neuman.html> (2014-06-01).

Galán, Francisco (2009). “El viajero del siglo – Andrés Neuman”. Disponible en:

<http://www.elplacerdelalectura.com/2009/05/el-viajero-del-siglo-andres-neuman.html> (2014-05-18).

“Granta Audio: Andrés Neuman” (2012). Disponible en: <http://www.granta.com/New-Writing/Granta-Audio-Andres-Neuman> (2014-03-01).

Guadalupe, Ricardo. (2013) “Leyendo “El viajero del siglo” de Andrés Neuman”. Disponible en: <http://tienesmipalabra.blogspot.se/2013/01/leyendo-el-viajero-del-siglo-de-andres.html> (2014-04-02).

Gutierrez Agosto, Beatriz (2010). “Análisis literario del viajero del siglo/Andrés Neuman”

Disponible en: <http://literatura-feb2009.blogspot.se/2010/08/analisis-literario-del-viajero-del.html> (2014-05-22).

Hanssen, Beatrice (2004). “Language and mimesis in Walter Benjamin’s work”, en David S. Ferris (ed.), *The Cambridge Companion to Walter Benjamin*. Cambridge: Cambridge University Press, 54–72.

Mora, Vicente Luis, (2009). “17 apuntes sobre El viajero del siglo, de Neuman”. Disponible en: <http://vicenteluismora.blogspot.se/2009/07/17-apuntes-sobre-el-viajero-del-siglo.html> (2014-04-17).

Neuman, Andrés (2011) “Toda lengua es extranjera”. Disponible en: <http://andresneuman.blogspot.se/search?q=toda+lengua+es+extranjera> (2014-04-11).

Neuman, Andrés. (2012) “Traducirnos”. Disponible en: http://www.revistaenie.clarin.com/literatura/Philip-Larkin-traduccion-gramatica_0_719928019.html (2014-04-28).

Neuman, Andrés (2014). “Barbarismos” Disponible en: <http://andresneuman.blogspot.se/search?q=barbarismos> (2014-04-11).

Trigoso, Marco (2012) “Comentario a ‘La tarea del traductor’ de Walter Benjamin”. Disponible en: <http://palabrasextras.wordpress.com/2012/01/05/comentario-a-la-tarea-del-traductor-de-walter-benjamin/> (2014-05-20).

Urcaray, Magalí (2009) “El viajero del siglo de Andrés Neuman”. Disponible en: <http://www.papelenblanco.com/novela/el-viajero-del-siglo-de-andres-neuman> (2014-05-01).

Villanueva, Santos Sanz (2009) “De viaje hacia el destino” publicado en Revista Mercurio número 112, página 34. Disponible en: http://www.revistamercurio.es/hemeroteca/downloads/mercurio_n112.pdf (2014-05-12).